

## La Princesa Atotoztli

*Princess Atotoztli*

Ana María del Rosario Castellanos Valle

*Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.*

*Lic. Historia*

*7° Semestre*

[al294647@edu.uaa.mx](mailto:al294647@edu.uaa.mx)

La historia de mi pueblo está narrada a través de nuestro códice sagrado escrito en papel amate, en él se da cuenta de todos los infortunios por los que pasamos para llegar hasta el lugar que nuestro Dios Huitzilopochtli designo para nosotros, soy la princesa Atotoztli y esta es mi historia.

Nuestro pueblo fue señalado por Huitzilopochtli para realizar una hazaña que sólo nosotros podíamos llevar a cabo. Nos ordenó a nosotros, los aztecas, abandonar Aztlán, el Lugar de Garzas, nuestra tierra de origen y dirigimos a buscar un nuevo lugar donde fundaríamos una ciudad, la cual nos daría la inmortalidad. Por tal motivo portamos las reliquias sagradas, es decir los huesos de Huitzilopochtli, e iniciamos nuestro recorrido guiado por la Diosa Ximalma y su esposo después de que escucharon un mensaje por medio de unas aves.

Mis antepasados atravesaron lugares desérticos, agrestes, sinuosos y se enfrentaron a las más terribles penurias, acompañados por los siete barrios que provienen de un poblado cercano, los cuales decidieron seguir nuestro peregrinar, ellos eran: los Chichimecas, los Huicholxincas, los Xochimilcas, los Malinalcas, los Tepenacas, los Matlaxincas y los Mimixoas. Sin embargo, después de un tiempo decidimos continuar nosotros solos, les pedimos que se alejaran.

Tras separarse de ellos mis antepasados, llegamos a un gran huehuete y ahí a través de una señal emitida por un águila, nuestro Dios Huitzilopochtli nos ordenó que sacrificáramos a los Mimixcoas como primera ofrenda para él y así lo hicimos, después del sacrificio, Huitzilopochtli renombró a su pueblo y a partir de ese momento tomamos el nombre de “**Mexicas**”; en compensación a ese tributo nos fue entregado el arco, la flecha y la red. Seguimos caminando a donde llegamos a Coatlicamac, el lugar de las



fauces de la serpiente y Cuextecaichocayan, el lugar donde lloró el huasteco, a Tollan dónde nos quedamos por 20 años, para después llegar a un inmenso lago llamado Texcoco, que hizo a mis antepasados recordar el lugar de donde provenimos.

Y continuo nuestro viaje buscando la señal de nuestro Dios. Pasamos por diversas zonas durante varios años: Tlemaco, Atotonilco, Apazco, Tzompanco, Xaltocan, Acalhuacan, Ehecatepetl, Tulpetlac y Cohuatitlán, en este último lugar descubrimos la planta sagrada del maguey y aprendimos a hacer pulque para honrar a nuestros dioses en las ceremonias.

Sin embargo, a cualquier lugar que llegábamos éramos atacados, nos llamaban “barbaros, chichimecas” fuimos incluso expulsados y tuvimos que asentarnos en Pantitlán, donde sufrimos una epidemia terrible de cocoliztli que casi acaba con nosotros. Finalmente, fuimos tomados como prisioneros por el tlatoani de Colhuacán, quien estaba muy enojado con nuestro pueblo por haber raptado a unas doncellas para que tuvieran el gran honor de ser sacrificadas a nuestros Dioses, y temeroso también por nuestra abundancia numérica, nos usó como guerreros para deshacerse de nosotros en una batalla contra los Xochimilcas.

El tlatoani ordenó que matásemos o tomásemos como prisioneros a varios de los Xochimilcas y que les cortásemos sus orejas, las cuales deberíamos llevar en un saco como muestra de que habíamos cumplido sus órdenes. Nosotros que somos un pueblo guerrero y de honor, decidimos organizarnos y utilizar hojas de obsidiana como armas y pensamos que lo mejor sería que cortarían las narices de los enemigos para que el tlatoani de Colhuacán no pensara que cortamos ambas orejas y así llevaríamos una prueba por cada enemigo.

Esto hizo que nuestro pueblo se volviera muy eficiente para la guerra, después el señor de Colhuacán muy agradecido por nuestra labor ofreció a su hija como esposa para nuestro líder, la aceptamos con gusto porque se acercaba la gran festividad a “Xipe-Totec” nuestro señor el desollado y en una gran ceremonia, la ofrecimos en sacrificio otorgando su corazón a los dioses, después con su preciada piel bailamos la danza de los sacrificios y ella se convirtió en nuestra madre, la representación de la Tonantzin (Madre Tierra) aquí.



Pero, el gran tlatoani de Colhuacán no comprendió este gran honor y de nuevo persiguió a mi pueblo relegándolo al lugar más agreste, sinuoso y lleno de serpientes. Pero fue precisamente en ese lugar que por fin llegó la señal que tanto habíamos estado esperando, vimos a un águila, que representaba al mismísimo Huitzilopochtli, encima de un nopal devorando una tuna, que simbolizaba nuestro corazón.

Así que, al principio no nos faltó que comer pues abundaban las serpientes que son un alimento muy nutritivo, después transformamos ese lugar aplicando todos nuestros conocimientos adquiridos a través de nuestra travesía, ganamos terreno al lago, construimos chinampas para cultivar frijol, maíz, calabaza y chile y poco a poco fuimos adquiriendo más conocimientos, ya nos habíamos convertido realmente en Mexicas.

Años atrás el gran señor Quetzalcóatl nos había puesto la nariguera, habíamos comido maíz y hablamos náhuatl, ya estábamos listos para convertirnos en un gran pueblo que pasaría a estar en la memoria de las futuras generaciones. Y así tuvimos a nuestro primer gran tlatoani llamado Acamapichtli, y de ahí le sucederían grandes gobernantes que cada vez aportaron mayor poderío a nuestra ciudad que nombramos Tenochtitlán.

Aquí entra mi historia, yo soy la hija del gran tlatoani Moctezuma Ilhuicamina, quinto tlatoani de la gran Tenochtitlán, y mi nombre es Atotoztli. Nací en esta bella ciudad que, a base de mucho esfuerzo, construyeron mis antepasados en relativamente muy poco tiempo.

Lo que muchos de nuestros imperios vecinos les había tomado siglo construir nosotros lo habíamos hecho en un abrir y cerrar de ojos. Para conseguir tal hazaña habíamos tenido que hacer alianzas y una cualidad que nos ayudó en esta empresa era el profundo respeto y admiración que llegamos a tener por los majestuosos pueblos que habíamos atravesado en nuestro peregrinar como la gran Teotihuacán o la maravillosa Tula.

Yo crecí ya en un lugar muy diferente a nuestra mítica Aztlán; cuando nació la sacerdotisa de nuestro gran señor Xólotl, quien era también mi abuela materna, predijo que yo estaría destinada a vivir eternamente, no entendieron mi padre y madre en ese momento a que se refería la sabia Yohualli Ehecatl. A pesar de ello mi padre nos enseñó las implicaciones y responsabilidades que lleva consigo gobernar desde que mi hermano Iquehuacatzin y yo éramos niños.



Esas obligaciones consistían principalmente en estar pendiente de las necesidades de nuestro pueblo, que no volviéramos a padecer hambre y frío, que la justicia se impartiera de manera expedita, que los rituales sagrados se realizaran conforme al calendario Tonalpohualli. Sin embargo, desde pequeños mi hermano mostro cierta renuencia a que yo recibiera la misma educación que él, asimismo se opuso en nuestra adolescencia a que yo aprendiera las técnicas de la guerra y combate, él prefería que yo pasara tiempo en el templo con la sacerdotisa de Xólotl.

Al cumplir los 19 años mi padre me aconsejó que me casara, yo que sabía que era uno de sus hijos favoritos y consiente de mis obligaciones como princesa, decidí escoger como esposo a mi primo Tezozómoc, quien era hijo de mi tío y el antiguo tlatoani Itzcóatl. Nosotros habíamos crecido juntos y a pesar de no estar enamorados estábamos consientes que era lo mejor para la estabilidad y fortalecimiento de nuestro pueblo.

Mi padre siguió ejerciendo el poder y mi hermano cada vez más evidentemente comenzó a irritarle mi presencia cerca de la corte y de nuestro progenitor y sobre todo de las funciones que él comenzaba a delegarme. La situación se tornó cada vez más insostenible hasta que ocurrió un acontecimiento que marco para siempre nuestros destinos.

Una tarde regresaba de una comisión que me había enviado mi padre a la ciudad de Cholula, pues ellos eran un pueblo aliado nuestro ya que nos abastecían de alimentos y flores y siempre estábamos en contacto estratégico con ellos. Mi hermano en complicidad con unos señores de Xochimilco que aún se sentían agraviados por nosotros, intentaron asesinarme, yo estaba embarazada de mi último hijo, Ahuízotl, lo cual supusieron me hacía más vulnerable.

Habrían tenido éxito de no haber sido porque mi destino ya estaba marcado por el señor de la muerte. Inesperadamente la guardia que me venía custodiando de nuestros aliados de Cholula, me salvaron la vida, mi hermano huyó, pues creía que no había sido descubierto, tristemente para él, lo habíamos visto todos. Los señores de Cholula informaron a mi padre de los acontecimientos y yo muy consternada solo escuchaba el relato con profunda desilusión, ¿Cómo era posible que mi propio hermano quisiera matarme? ¿Por qué lo había hecho él sucesor de nuestro amado padre? ¿Qué había motivado esa conducta irracional?



Pero al ver la cara de mi padre aun con su particular gesto adusto, tenía una mirada que no parecía sorprendida lo cual me extrañó todavía más, mi padre se levantó y agradeció a sus aliados cholultecas, se dijo muy comprometido con ellos y ofreció toda clase de presentes en agradecimiento a todos los favores hechos ese día. Enseguida me abrazo a mi junto con mis hijos Axayácatl y Tizoc. Finalmente tomo la decisión de cederme el trono a mí y así me convertiría en la primera gran tlatoani de la gran Tenochtitlán.

Mi pobre hermano Iquehuacatzin, al verse descubierto huyo hacia las tierras mayas a la ciudad de Mayapán, pensando que ahí le ofrecerían asilo, así fue por un tiempo hasta que dejo de ser considerado un huésped y se le considero un prisionero cuando se conocieron los motivos por los que había huido; durante un tiempo estuvo en cautiverio para finalmente ser sacrificado en honor al gran dios Itzamná. Fue una buena muerte para alguien que había traicionado a su propia sangre.

Yo asumí el poder y cogoberné junto con mi padre Moctezuma Ilhuicamina del año 8-Carrizo al año 5-Serpiente, después del triste fallecimiento de mi padre seguí gobernando cuatro años más del año 5- Serpiente al año 10-Serpiente, hasta que mi hijo Axayácatl, me sucedió en el trono como nuevo tlatoani. Me retire de mis actividades para dejarlo a él a cargo y me refugie en el templo de mi antigua guía espiritual Yohualli Ehecatl (viento nocturno) pues creía que mi misión había concluido, que lejos estaba de imaginar que no era así.

Mi esposo era quien ayudaba a mi hijo en su ardua labor como estratega militar, yo por mi parte pasaba gran parte de mi tiempo en el templo, recordando las hazañas de mi pueblo y extrañando a mi querido y amado padre a quien, el tiempo y la distancia, no habían logrado minar mi devoción hacia él. Anhelaba que llegara la muerte para reunirme con todos mis ancestros.

Sin embargo, fue en uno de esos trances que mi querida abuela Yohualli Ehecatl me revelo mi destino. Nuestra gran ciudad estaba amenazada y a pesar de estar protegidos por nuestros Dioses, se acercaba una amenaza que destruiría no sólo nuestro reino, también destruiría nuestro mundo tal y como lo conocíamos. Ella me ofreció que cuando todo eso pasara teníamos una única oportunidad de ofrecer mi alma y mi sangre para salvar a nuestro pueblo.



Esto consistía en hacer un sacrificio muy doloroso para que, con la sangre de la única tlatoani de los mexicas, crear un hueco en el tiempo y que nuestra ciudad después de la destrucción quedara oculta para resurgir de sus cenizas. Pero, no sólo mi sangre iba a ser requerida, también se tomaría la sangre de mi gente y de las mujeres y hombres de esta tierra que morirían en esa masacre.

Yo accedí y a través de nuestro trance mutuo pude ver una ceremonia ritual lo que nos revelaba nuestro destino.

La ceremonia comenzó, estábamos en el templo, yo estaba sentada sobre un petate y a pesar de ello sentía el frío del piso de piedra bajo él, la imagen de nuestros dioses estaba allí, pero el gran señor Xólotl estaba al centro. Las flores amarillas de cempasúchil inundaban con su aroma el ambiente y el copal comenzó a marearme junto con el brebaje que había tomado. Mi abuela se acercó y tomó mi mano y después puso en mi boca algo que no supe que era, pero sentí que mi espíritu salía de mi cuerpo y pude observarlo sentado, cuando yo estaba de pie, mi abuela me guió a Xólotl y él dejó de ser de piedra me tomó de la otra mano y comenzamos a bajar hacia el infinito.

Descendimos sobre un largo camino de piedra que parecía estar bajo nuestro templo, pero salimos a la calzada, todo estaba destruido, olía a sangre y muerte, conforme íbamos caminando se veían los templos destruidos y unos hombres destruyendo todo, yo quería llorar, pero no me salían las lágrimas y solamente sentía el dolor que me aprisionaba el pecho, ganas de gritar, pero de mis labios no salía nada.

Aterrada observé lo que me habían mostrado volteé a ver a mi abuela, pero me di cuenta de que ella yo no me guiaba, en su lugar estaba mi perrita Chichi-Itzcuintle, me alegré de verla después de tantos años sin ella y comprendí que mi momento había llegado.

Habíamos llegado al canal, subimos a una chalupa y atravesamos el lago, caminamos durante mucho tiempo, yo sentía que caminaba entre las nubes, me sentía mareada por un perfume que recordaba, pero no supe identificar, llegamos al pie del Chalchiutlicue o Matlalcueye como le dicen los tlaxcaltecas, y comenzamos a subir.

Seguimos caminando hasta llegar a un arroyo y de pronto nos detuvimos en un enorme huehuete y pude ver cuando nos acercamos que había dispuesto un altar lleno de flores; sin que Xólotl me lo hubiera pedido, me despojé de mi huipil y me recosté en la



enorme piedra que estaba cubierta de flores naranjas, eran cempasúchiles, y se oía música a lo lejos pero no lograba ver de dónde provenía. En ese momento volví a ver a mi abuela, ella me transmitió el mensaje:

— Ahora se llevará a cabo el sacrificio, sacare tu corazón y se lo entregaremos al señor Huitzilopochtli, al señor Quetzalcóatl y al señor Xólotl —declaró mi abuela con voz tenue — después sumergiré tu cuerpo en el agua y ahí sufrirás una transformación muy dolorosa, te convertirás en una serpiente—.

— Vivirás eternamente, por siglos, estarás destinada a pernoctar cerca del arroyo y cuando sea el tiempo llegará un ser puro que deseara a travesar el agua, te vera en la orilla, como cuando eras muy joven y sin dudarlo se ofrecerá a pasarte al otro lado — me dijo el Dios Xólotl.

— Tú le debes pedir que nunca vea tu reflejo en el agua y que tampoco voltee la cabeza hacia ti a — agregó — Si logra pasarte al otro lado del río nuestra ciudad se descubrirá como nosotros la conocemos. Sin embargo — dijo con voz sombría y gesto adusto — habrá muchos que tú pensaras que son los elegidos y no será así, no será tan fácil — exclamó finalmente.

Se llevo a cabo el sacrificio, observé con una extraña tranquilidad como mi querida abuela sacaba mi corazón, lo vi latir entre sus manos intensamente carmín escurriendo de sangre, y pude observar mi último amanecer.

A pesar de mi sacrificio, ese fatídico día llegó, vi con mi nuevo cuerpo y desde mi última morada la destrucción de mi pueblo, pude observar horrorizada la muerte y la destrucción de mi querida y amada ciudad, me sentí destruida e impotente ante tal devastación. Mi corazón y el de muchos de mis hermanos fue ofrecido, así como nuestro dolor y nuestra tristeza y a pesar de eso, somos un pueblo fuerte, ya que después de tantas lagrimas aún conservo la esperanza de que ese espíritu puro llegue a la orilla del arroyo y cumpla la profecía que nos regrese nuestra gloria.